

VIII

Estaba escrito que Loisillón había de tener suerte, hasta en el morir á tiempo; ocho días más tarde, los salones hubieran estado cerrados, París disperso, la Cámara y el Instituto en vacaciones, y sólo algunos delegados de las muchas Sociedades que le habían tenido de presidente ó de secretario hubiesen acompañado su féretro con los perseguidores de fichas de las Academias. Y nada más.

Pero ingenioso y hábil hasta más allá de la tumba, se marchó á la hora exacta, la víspera del gran premio de las carreras, eligiendo una semana blanca, sin crimen, duelo ni proceso célebre, ni incidente político, y en la cual el ruidoso entierro del secretario perpetuo había de ser la única distracción de París.

A las doce eran los funerales; pero mucho antes de sonar, enorme multitud afluía á Saint-Germain: se había prohibido el paso de coches, excepto para los convidados, con derecho á entrar por la plaza ensanchada y limitada por un riguroso cordón de guardias distribuidos en guerrillas.

Quién fuese Loisillón y lo que hubiera hecho durante sus setenta años de vida, y la significación de la enorme *L* de plata sobre dos paños negros, lo sabían muy pocos entre aquella multitud, impresionada únicamente por el despliegue de fuerza pública y el gran espacio reservado al difunto... ¡Siempre las distancias y el vacío para expresar el respeto y la grandeza!

Había corrido la voz de que irían actrices y hombres célebres, y todos los badulaques parisienses para ver nombres y caras conocidas se agrupaban y hablaban delante de la iglesia, donde bajo el pórtico tapizado de negro debía oirse la oración fúnebre de Loisillón, la verdadera, no la que á poco debía pronunciarse en Montparnasse; allí se haría el verdadero artículo sobre el hombre y sus obras, bien distinto

de los artículos preparados para los periódicos del día siguiente.

Sus obras se reducían á un *Viaje al Valle de Andorra* y dos informes editados por la Imprenta Nacional, cuando Loisillón fué superintendente de Bellas Artes.

El hombre era un tipo de procurador, retorcido, bajo, miserable, la espina dorsal del cortesano, el eterno gesto del que se excusa ó pide perdón, por sus cruces, sus palmas y su puesto en la Academia, donde su habilidad de hombre de negocios servía de agente de fusión entre tantos elementos diversos, á ninguno de los cuales se le podía asimilar; perdón por su suerte extraordinaria y por los ascensos dados á su nulidad y á su bajeza, siempre en movimiento. Se recordaba su frase de una comida de amigos, en la que andaba alrededor de la mesa, la servilleta al brazo, radiante:

—¡Qué buen criado hubiese hecho yo!

Justo epitafio para su tumba.

Y en tanto que se filosofaba sobre la nada de esta existencia, su insignificancia triunfaba hasta de la muerte. Los coches se sucedían ante la iglesia; los levitones grises ó azules de los la-

cayos corrían, desaparecían, se inclinaban, barrían el suelo entre el ruido fastuoso de las portezuelas: los grupos de periodistas se hacían á un lado ante la duquesa Padovani, de aspecto altanero, la señora Ancelín, llena de flores debajo del velo negro, la señora Eviza, cuyos largos ojos ardían bajo el velo, hasta el punto de que hubiesen hecho volver la cabeza á un agente de la higiene; toda la congregación de damas académicas, sus devotas, que habían ido, no tanto para honrar la memoria del difunto Loisillón, cuanto para contemplar á sus ídolos, á los inmortales, fabricados, hechos por sus manitas diestras, verdaderas obras femeninas en que habían puesto toda su fuerza perdida de orgullo, de voluntad, de astucia ó de ambición. A ellas se unían actrices, con no sé qué pretexto de orfandad dramática presidida por el difunto, pero revelando en el fondo la prodigiosa necesidad que las enciende, de figurar.

De pronto un coche se pára, y de él salen velos negros, agitados, locos, un dolor que entristece el verlo. ¿La esposa? No; Margarita Oger, la gran actriz dramática, cuya aparición levanta en los cuatro ángulos de la plaza largo

rumor y oleadas curiosas. Un periodista sale del p^ortico, se precipita á ella, le da la mano, la sostiene, la alienta:

—¡Sí, tiene usted razón! ¡Tendré valor!...

Bebe sus lágrimas, las mete dentro á fuerza de frotar con el pañuelo, y entra, ó mejor hace su entrada en la gran nave oscura, en cuyo fondo lucen algunos cirios, cae de rodillas sobre un reclinatorio, del lado de las mujeres, se postra, se abisma, y luego, levantada y con voz doliente, pregunta á una compañera que está al lado:

—¿Qué entrada hubo ayer en el Vaudeville?

—Cuatro mil dos francos, contesta la otra en el mismo tono de catástrofe.

Perdido entre la multitud, á un extremo de la plaza, Abel de Freydet oía á su alrededor:

—¡Margarita! ¡Es Margarita! Ahora acaba de entrar.

Pero su escasa estatura le molesta; y en vano trata de abrirse paso, cuando siente una mano en su espalda.

—¿Todavía en París? La hermanita es la que no debe de estar muy contenta.

Y Vedrine se le llevó, remando con sus co-

dos robustos y cortando la ola, por cima de la cual sobresalía su cabeza.

—De la familia, señores.

Y llevó hasta la fila primera al provinciano, encantado del encuentro, pero un poco confuso porque el escultor hablaba en voz alta y con entera libertad, como solía.

—¿Has visto? Ese chiripero de Loisillón; tanta gente como en el de Beranger. Esto par animar á la juventud.

De pronto, viendo que Freydet se descubría porque desembocaba en la plaza el fúnebre cortejo:

—¡Qué cambiado! A ver, vuélvete. Pero, desgraciado: ¡te pareces á Luis Felipe!

Las guías del bigote caídas, peinado el pelo formando tupé, la cara roja y morena, abriéndose entre patillas grises, el poeta se empinaba con un ceremonioso estiramiento sobre sus tacones.

—Ya comprendo, dijo Vedrine riendo. La cabeza para los Duques, para Chantilly. ¿De modo que te empeñas en eso de la Academia? Mira, mira la mascarada.

Al sol, en el ancho espacio libre, hacían un

deplorable efecto, detrás del féretro, los individuos de la mesa, que, como por una cómica apuesta, parecían haber sido escogidos entre los más ridículos miembros del Instituto, más afeados todavía por el traje dibujado por David; casaca con bordados verdes, sombrero á la francesa, espada de gala, golpeando piernas deformes, que seguramente David no había previsto. Primero venía Gazán, el sombrero puesto de lado sobre las desigualdades del cráneo, acentuándose el verde vegetal del traje y la grasa terrosa, escamosa, de su cara de elefante. A su lado, el largo y siniestro Laniboire, sus venas azuladas, su boca torcida de polichinela apoplético, tapando sus palmas con un gabán demasiado corto, que dejaba ver la punta de la espada y los faldones de la casaca, que con las puntas de su sombrero le daban un aire de empleado de Funeraria, pero mucho menos distinguido desde luego que el *arreglador* que, con el bastón alto de ébano, marchaba delante de la Comisión.

Detrás venían Astier-Rehu, Desminières, todos molestos, avergonzados, con plena conciencia de su ridículo, y como excusándose por el

lamentable y grotesco aspecto de sus trajes de Carnaval, aceptables con la luz alta, fría, y, por decirlo así, histórica de la cúpula, pero que en plena vida, en mitad de la calle, hacían sonreír como si se viera una procesión de macacos.

—¿Verdad que dan ganas de echarles un puñado de nueces para hacerles correr á gatas?

Pero Freydet ya no oyó esta nueva impertinencia de su comprometedor compañero, porque se esquivó; mezclóse en la comitiva y penetró en la iglesia entre las dos filas de soldados con las armas á la funerala.

En el fondo, la muerte de Loisillón le producía vivísima alegría; no le había visto ni conocido, ni tampoco podía quererle por su obra, porque no había obra: lo único por que le debía gratitud era por esta muerte, y por el sillón que dejaba vacante, precisamente á tiempo para su candidatura. Pero en medio de todo aquel aparato fúnebre que á los parisienses viejos les cansaba, por la costumbre de verlo, las filas de soldados, la mochila al hombro y dejando caer las culatas sobre las piedras de un solo golpe á la voz de un oficialito, joven, mal genio, que se veía que el entierro era su primera campaña, y,

sobre todo, la música negra, los tambores enlutados, le llenaron de emoción respetuosa; y como siempre que sentía una emoción violenta, se le ocurrieron consonantes y versos. No empezaba mal. Una amplia y bella imagen sobre la perturbación y la angustia nerviosa, el eclipse intelectual que produce en el cielo de un país la desaparición de uno de sus grandes hombres.

Interrumpió la oda para ofrecer un sitio á Danjou que, habiendo llegado tarde, entraba en medio de cuchicheos y miradas femeninas, mostrando su cabeza orgullosa y dura con el gesto acostumbrado de pasarse por ella la mano, para asegurarse sin duda de que el *bisoñé* estaba en su sitio.

—No me ha conocido, pensó Freydet, molestado por la aplastante mirada con que apartó el académico al que se permitía hacerle una seña. ¡Sin duda mis patillas!...

Y distraído de sus versos, el candidato empezó á pensar en su plan de ataque, sus visitas, la carta oficial para el secretario perpetuo... Ahora que el secretario perpetuo había muerto, ¿nombrarían á Astier-Rehu antes de las vaca-

ciones? Y entonces, ¿cuándo sería la elección? Su preocupación llegaba hasta los detalles... el traje: ¿iría decididamente al sastre de Astier? El sombrero y la espada, ¿los daba el mismo sastre?

Pie Jesu, Domine... Una voz admirable de teatro surgió detrás del altar pidiendo el reposo eterno para Loisillón, á quien parecía que el Dios de misericordia quería torturar cruelmente, porque la iglesia gemía en todos los tonos y con todos los registros, en coros y en solos. «¡Reposo, reposo eterno, Dios mío! ¡Que duerma tranquilo después de tantas intrigas y de tanta agitación!»

Y á este canto triste, irresistible, respondían desde la nave los gemidos de las mujeres, dominadas por el hipo trágico de Margarita Oger, su famoso hipo del cuarto acto de *Mundora*.

Todo este duelo penetraba al buen candidato, y se unía en su corazón á otros duelos, á otras tristezas; pensaba en sus padres muertos, en su hermana, que era para él su madre, deshauciada por todos, y sabiéndolo y hablando de ello en todas sus cartas. ¿Por lo menos viviría hasta el día del triunfo? Las lágrimas le cegaron, y se vió obligado á enjugarlas.

—¡Esto es demasiado, demasiado! Nadie le creerá á usted, murmuró á su oído, con mueca burlona, el grueso Gavaux.

Volvióse indignado, pero ya la voz del oficialillo mandaba furiosamente:

—¡Presenten, armas!

Y los fusiles dejaron oír el chasquido de las bayonetas, mientras que los tubos del órgano vomitaban la *Marcha fúnebre heroica*.

Empezó el desfile de la salida: siempre la mesa al frente; Gazán, Laniboire, Desminières, y su buen maestro Astier-Rehu. Ahora parecían bien, pues se ahogaba en el misterio de las altas naves el verde loro galoneado de los uniformes: bajaban dos á dos, lentamente, y como con pena, hacia el gran cuadro luminoso de la puerta, abierta de par en par sobre la plaza. Detrás toda la Corporación, á su cabeza el extraordinario Juan Rehu, agrandado por un largo levitón, en alto su cabecita morena, que parecía un coco, con el aire desdeñoso y distraído, como dando á entender que había visto todo aquello incalculable número de veces; y realmente en sesenta años que llevaba de cobrar fichas académicas, había debido oír muchas salmodias se-

mejantes y echar no poca agua bendita sobre tumbas gloriosas.

Si Juan Rehu justificaba por manera portentosa su título de *immortal*, el grupo de ancianos que le seguía parecía una parodia grotesca y triste. Decrépitos, doblados por la mitad, secos como árboles frutales viejos, los pies de plomo, las piernas flojas, los ojos entornados como de bestias nocturnas, los que no se apoyaban en algún compañero, andaban con las manos hacia adelante, y sus nombres, murmurados por la multitud, evocaban el recuerdo de obras muertas, ha tiempo olvidadas. Al lado de aquellos aparecidos, «los escapados del Père-Lachaise,» como les llamaba un burlón del séquito, los otros académicos que parecían jóvenes, se cuadraban, sacaban el pecho fuera entre miradas extasiadas de mujeres que les quemaban, á través de los velos negros, entre el agolparse de la multitud y los chacós y las mochilas de los soldados atontados.

Nuevamente el saludo de Freydet á dos ó tres «futuros colegas» fué rechazado con sonrisa fría y despreciativa, como las que se ven en sueños cuando los mejores amigos no le reconocen

á uno; pero no tuvo tiempo de entristecerse, arrastrado por la doble corriente que agitaba á la gente, hacia el altar unos, y hacia la puerta los demás.

—Vamos, señor Vizconde; ahora hay que moverse, cuchicheó el amable Picheral.

Este aviso entre el rumor de la multitud y de las sillas que se apartaban, hizo circular la sangre en las venas del candidato; pero al pasar ante el túmulo, Danjou, alargándole el hisopo y sin mirarle, murmuró:

—Sobre todo, no se mueva usted y deje hacer.

Se sintió rendido: moverse, no moverse. ¿Cuál sería el mejor consejo? Se lo diría sin duda su maestro Astier, y trató de juntársele en la plaza.

No era esto muy fácil entre el gentío que se había agolpado en el pórtico mientras se ordenaba el fúnebre cortejo y se subía al carro el féretro, lleno de innumerables coronas.

Nada tan animado como aquella salida de los funerales á la luz de un hermoso día: entre saludos y conversaciones, de todo en todo extrañas á la ceremonia, y en todas las caras

el alivio y como el desquite de la larga hora de inmovilidad pasada entre cantos lúgubres. Los proyectos, las citas que se cambiaban, revelaban que la vida impaciente reaparecía después de una corta parada, y dejaban al pobre Loislón muy atrás, en el pasado, del cual ya formaba parte para en adelante.

—Esta noche, en la Comedia, no lo olvide usted; es el último martes, decía la señora Ancelín.

Pablo preguntó á Gavaux:

—¿Va usted hasta el fin?

—No: acompaño á la señora Eviza.

—Entonces, á las seis en casa de Keyser; esto nos hará bien después de los discursos.

Los coches de respeto se acercaban en fila, en tanto que los cupés partían al trote. La gente se agolpaba en todas las ventanas de la plaza y hacia el boulevard Saint-Germain; los pasajeros, de pie en los tranvías parados, alineaban cabezas sobre cabezas, cortando el cielo azul con grandes masas oscuras.

Freydet, deslumbrado por el sol, bajóse el ala del sombrero, como una visera, y miró á la multitud que se extendía á lo lejos, sintiéndolo-

á uno; pero no tuvo tiempo de entristecerse, arrastrado por la doble corriente que agitaba á la gente, hacia el altar unos, y hacia la puerta los demás.

—Vamos, señor Vizconde; ahora hay que moverse, cuchicheó el amable Picheral.

Este aviso entre el rumor de la multitud y de las sillas que se apartaban, hizo circular la sangre en las venas del candidato; pero al pasar ante el túmulo, Danjou, alargándole el hisopo y sin mirarle, murmuró:

—Sobre todo, no se mueva usted y deje hacer.

Se sintió rendido: moverse, no moverse. ¿Cuál sería el mejor consejo? Se lo diría sin duda su maestro Astier, y trató de juntarsele en la plaza.

No era esto muy fácil entre el gentío que se había agolpado en el pórtico mientras se ordenaba el fúnebre cortejo y se subía al carro el féretro, lleno de innumerables coronas.

Nada tan animado como aquella salida de los funerales á la luz de un hermoso día: entre saludos y conversaciones, de todo en todo extrañas á la ceremonia, y en todas las caras

el alivio y como el desquite de la larga hora de inmovilidad pasada entre cantos lúgubres. Los proyectos, las citas que se cambiaban, revelaban que la vida impaciente reaparecía después de una corta parada, y dejaban al pobre Loisillon muy atrás, en el pasado, del cual ya formaba parte para en adelante.

—Esta noche, en la Comedia, no lo olvide usted; es el último martes, decía la señora Ancelín.

Pablo preguntó á Gavaux:

—¿Va usted hasta el fin?

—No: acompaño á la señora Eviza.

—Entonces, á las seis en casa de Keyser; esto nos hará bien después de los discursos.

Los coches de respeto se acercaban en fila, en tanto que los cupés partían al trote. La gente se agolpaba en todas las ventanas de la plaza y hacia el boulevard Saint-Germain; los pasajeros, de pie en los tranvías parados, alineaban cabezas sobre cabezas, cortando el cielo azul con grandes masas oscuras.

Freydet, deslumbrado por el sol, bajóse el ala del sombrero, como una visera, y miró á la multitud que se extendía á lo lejos, sintiéndolo.

se orgulloso y atribuyendo á la Academia toda aquella gloria póstuma que realmente no podía atribuirse al autor del *Viaje al Valle de Andorra*. Al mismo tiempo, le mortificaba la idea de que sus «futuros colegas» le dejaban de un modo visible á cierta distancia, haciéndose los distraídos cuando se acercaba, ó volviéndose y agrupándose contra el intruso aquellos mismos que en la antevíspera, en casa de Voisín, le atraían diciéndole:

—¿Cuándo será usted de los nuestros?

La defección más dura fué la de Astier-Rehu.

—¡Qué pérdida, caro maestro! le dijo el candidato, haciendo como que se entristecía para quedar bien y para hablar, para atraer la simpatía de Astier. Éste, de pie, al lado del coche mortuorio, sin contestar, hojeaba el discurso que á poco había de pronunciar.

Freydet repitió:

—¡Qué pérdida!

—Amigo Freydet... Esto es una indecencia, dijo el maestro en voz alta, brutal; y con un severo cerrar de quijadas, volvió á la lectura.

Indecencia... ¿por qué? El desdichado miró instintivamente sus botones, se examinó hasta

la punta de las botas con inquietud, sin poder explicarse esas palabras de censura. ¿Qué sucedía? ¿Qué había hecho?

Fué un aturdimiento que le duró algunos minutos; vió vagamente al ataúd que se ponía en marcha bajo la oscilante pirámide de flores, casacas verdes en todas partes, otras casacas luego, después toda la Corporación, y detrás de ella, pero ceremoniosamente distanciado, un grupo en el cual se encontró mezclado y arrastrado sin saber por qué. Jóvenes y viejos, todos espantosamente tristes y desesperanzados, en la frente la misma arruga profunda de la idea fija, en los ojos idéntica mirada de odio y desconfianza para con el vecino.

Cuando, vuelto en sí de su malestar, pudo ir poniendo nombres á todas esas cosas, reconoció la fisonomía triste y falsa de Moser, el candidato eterno; la honrada cara de Dalzón, el hombre del libro, de las últimas elecciones, y de Saleles y Guérineau. El remolque ¡qué demonio! aquellos de quien ya no se ocupa la Academia y que deja ir por la estela de la barca gloriosa, todos sujetos con un anzuelo resistente. Todos, allí estaban todos, los pobres peces

ahogados, unos muertos bajo el agua, otros agitándose todavía y lanzando una mirada de dolor y de gula, que quiere, pide, y quiere siempre. Y en tanto que se juraba á sí mismo escapar á tan lamentable suerte, Abel de Freydet seguía el cebo, tirando también del anzuelo, que se le había clavado de modo que ya no había de soltarlo más.

A lo lejos, en la calle, vacía en toda la extensión del séquito, los sones de los tambores entulados alternaban con los de las cornetas y atraían á la gente de las aceras y á los curiosos de las ventanas: luego la música volvía á tocar la *Marcha fúnebre heroica*.

Y ante aquellos grandiosos funerales, aquellas honras nacionales, la orgullosa protesta del hombre humillado, vencido por la muerte, pero ostentando su derrota, era grato pensar que todo era para Loisillón, secretario perpetuo de la Academia Francesa; es decir, nada; lo que está debajo de la nada.

IX

Todos los días, más tarde ó más temprano, según la estación, pero siempre entre cuatro y seis, Pablo Astier tomaba su ducha en el establecimiento hidroterápico de Keyser, en lo alto del faubourg Saint-Honoré. Primero veinte minutos de florete, de bastón ó de boxa, y luego el chorro frío, el baño en piscina, y un poco de descanso: salía, se iba á casa de la florista de la calle del Cirque para hacerse poner un clavel en el ojal y paseaba después, para reaccionarse, hasta el Arco de la Estrella. Stenne y el faetón le seguían por el arroyo. Después una vuelta por el paseo de las Acacias, donde Pablo lucía su tez fresca, capaz de hacer levantar de cascos á todas las mujeres; su piel casi femenina, debida á su higiene de elegante.